



ALBERTO FUGUET

Cuentos reunidos

LITERATURA RANDOM HOUSE

Índice

CUBIERTA

PRÓLOGO. UNA REUNIÓN DE AMIGOS

SOBREDOSIS

Deambulando por la orilla oscura (Basado en una historia real)

Amor sobre ruedas

Los Muertos Vivos

Pelando a Rocío

No hay nadie allá afuera

CORTOS

Prueba de Aptitud

Santiago

El Far West

Hijos

Perdido

Más estrellas que en el cielo

Road Story

La hora mágica (Matiné, Vermouth y Noche)

CUENTOS RECUPERADOS

Primos

Jumbo

Boomerang

Cinco Norte

Biloxi Blues

Ravotril

Cinéfilos

CRÉDITOS

A Cristián Heyne y a Sebastián Arriagada por las películas y por las complicadas reunidas

Prólogo

UNA REUNIÓN DE AMIGOS

No soy autor de la idea de este libro.

Sí soy autor de los cuentos, que no es lo mismo. Soy el responsable de todos ellos pero no tanto de su reunión. Al releerlos, al verlos todos juntos —reunidos, digamos—, capto que, como en una prueba de ADN, son más míos de lo que esperaba (mucho más de lo que recordaba) y que no sólo tienen lazos entre sí sino que conversan con mis otros libros.

Reunirlos ha sido una sorpresa y un regalo.

No tengo un diario de escritor, ni siquiera uno secreto, pero tengo libretas y unas pizarras de corcho donde pincho cartelitos de cartulina de distintos colores con ideas y apuntes. Es como un mapa de proyectos. También tengo varias carpetas en mi desktop rotuladas: «cuentos futuros», «proyectos creativos», «novelas 2018-20» o, la más voluminosa, la que llamo la cantera, «The Creative Life». Sé que nunca voy a concretar todo lo que quiero escribir, lo cual a veces me achaca y paraliza. Y además está el cine, que me potencia y me debilita a la vez. Una película son dos libros menos, creo. O eso fue lo que una vez un amigo escritor me dijo. «Deja el cine y escribe más», remató.

Como sea, entre todos mis proyectos no estaba este y por eso, quizás, salté ante la propuesta, aunque cuando la idea original no ha surgido de mis fantasmas, como dicen, sino de los pedidos o recomendaciones de otros, he tenido buenos resultados. La propuesta —¿el desafío?— editorial era juntar mis dos libros de cuentos en un volumen que les permitiera, entre otras cosas, viajar mejor, leerse de manera más atenta y, en el caso específico de *Sobredosis*, darle un espacio seguro y alejado o paralelo a su vida colegial o de lectu-

ra obligatoria; sacar esos cuentos del plan de lectura o del índice de textos sugeridos, digamos.

«*Sobredosis* tiene vida propia», me dijo Vicente Undurraga, «pero sería bueno darle otra circulación para que lo lean o releen mayores de edad; además, si lo juntamos con *Cortos* y una recopilación de relatos dispersos, funcionará aunque no te consideres un cuentista».

Es cierto: no me considero un cuentista.

Luego agregó: «¿Por qué no?».

Por qué sí, pensé, pero en discusiones en cafés y restaurantes del barrio Lastarria, Bellas Artes y los alrededores del Parque Forestal, donde está la editorial, terminé de convencerme: «Pasemos tus cuentos a Literatura Random House pero sin un prólogo de otro, que corran juntos y solos».

Me gusta que exista este libro sin título (*Cuentos reunidos*; no *Cuentos completos*, no *Cuentos*, no *Antología personal*) porque me ordenó muchas cosas, me hizo crear después de varios meses de silencio y de una película de por medio, y porque al volver a leer — corregir y pulir y editar y ordenar— vi cosas que no vi antes, me sumergí en mis comienzos (los años de *Sobredosis*) y en mi etapa bisagra (la de *Cortos*) y quise, además, volver a escribir cuentos. Empecé algunos y terminé dos, pero no están en este volumen. Me los guardé, me abstuve de incluirlos. Pertenecen a una nueva etapa, futura. Acá, en este volumen, sólo figuran los cuentos que escribí desde que empecé a dárme las de escritor, a mediados de los ochenta, hasta la fecha que decidí usar aquí como una suerte de frontera arbitraria: 2010, de cuando es el último relato recuperado. Son mis veintitantos años como escritor de cuentos, lo que no es poco. ¿Los cuentos de un novelista?

¿Los cortos escritos de un cineasta-escritor?

No me siento un cuentista pero, armando este libro, he pensado que a veces uno se lanza a escribir novelas o guiones de películas cuando quizás lo que corresponde es justamente escribir cuentos.

Lo primero que me atrajo de hacer este libro fue un sentido de orden. Al estar todos juntos pero no revueltos, sino ordenados, se

me aparecen como un grupo familiar. Algo así como una reunión de amigos con los que me junto después de muchos años y con los que me siento, para mi sorpresa, extremadamente cómodo y con mucho en común después de tanto tiempo. Yo partí en la escritura, lo he dicho por ahí, para crear historias que compensaran el no poder filmarlas, pero me quedó gustando y ahora no me imagino no escribiendo. Estos *Cuentos reunidos* no los veo como una suma de dos libros más otro que quizás pudo ser y no fue, sino como algo nuevo en su totalidad. En mi repisa, donde tengo lo que he publicado, opté hace un tiempo por ordenar los libros según su fecha de aparición, es decir, de manera cronológica. Pero ¿acaso la vida creativa funciona así? No lo creo. *Sobredosis* quedó como mi debut (en 1990) y *Cortos* (de 2004) se perdió un poco entre dos novelas grandes: *Las películas de mi vida* (2002) y *Missing* (2009). Ahora, cuando los ejemplares de este libro lleguen a mi casa, estarán *Sobredosis* y *Cortos* por fin juntos y al final, después de *Sudor* y *VHS*. Me gusta la idea. Entre otras cosas porque los volúmenes de cuentos tienden a recopilar relatos escritos a lo largo de un tiempo y sin un plan previo. Es posible imaginar y sentarse a escribir un libro de cuentos, pero en mi caso particular, como en casi todos los libros de cuentos que he leído o que me han gustado, los relatos los he juntado y agrupado tras su primera aparición en revistas o diarios o antologías: como dicen en Estados Unidos, los cuentos se coleccionan (*collected stories*). Se ordenan aquellos que estaban dispersos, a la deriva. Aquí entonces se reúnen todos o casi todos, como en un cumpleaños.

Sobredosis, por lo tanto, no es necesariamente mi primer libro ni *Cortos* es el jamón entre dos tajadas. Un título dice mucho y al reunirlos y sumarles siete textos, algo se altera. Se ven y se leen de otra forma. Una de las opciones para esta edición era anular los libros matrices y mezclar, revolver los cuentos, pero al final desistí. Los relatos de *Sobredosis* pertenecen, sin duda, a una primera fase, y los de *Cortos* a algo que, supongo, ya con cierta distancia, podría decir que es una etapa intermedia o, como dije antes, bisagra. Ricardo Pi-

glia escribió en el prólogo a la reedición de *La invasión* que «no me parece que un escritor escriba mejor a medida que avanza o que mejore con los años (a menudo es más bien al revés). A la larga pensamos que escribimos distinto y siempre escribimos del mismo modo, con los mismos errores y los mismos —escasos y siempre sorprendivos— aciertos».

Pienso parecido y he quedado un poco sorprendido de lo similar que soy al que era en el comienzo (el cuento más viejo data de 1984). Temas claramente se repiten, estilos también. Obsesiones, tics, citas van y vuelven. Hay cuentos que conectan con algunas novelas, otros que conversan con mis libros de no ficción. Unos son más explícitamente autobiográficos que otros, pero todos me parecen personales, cercanos, ya sea por los temas que tocan (u omiten) o porque en efecto lo que los gatilló fue algo que viví, sentí, quise vivir, miré, observé, algo de lo que fui parte. El magma de estos cuentos es mi memoria y eso me sorprendió al releerlos todos juntos.

Acá van todos los de *Sobredosis* en la parte uno, todos los de *Cortos* (con algunos ajustes) en la parte dos y algunos que recuperé de revistas o cajones para armar algo que denominamos «Cuentos recuperados» y que cierra el volumen.

Mis cuentos reunidos.

Daré a continuación algo de info, de *backstage*, de *making of*, de detrás de escena o de trivia de cada libro, o de cada cuento, en rigor.

I. SOBREDOSIS

Sobredosis seguirá llamándose *Sobredosis* porque así nació, así se lanzó, así se criticó y así se vendió y leyó. A pesar de mí. O por falta de asesoría o visión o lo que sea. De un tiempo a esta parte, he pedido que en las portadas de *Sobredosis* el sonoro título venga con

un paréntesis: (deambulando por la orilla oscura), que es más un saludo a la bandera que otra cosa.

A mi bandera.

Es raro pero mi primer libro publicado (no mi primer libro, no siento que sea mi primer libro; mi primer libro en cuanto a concepción y cronología es *Mala onda*, aunque apareció a fines de 1991, después del inesperado y aterrador éxito de *Sobredosis*) no lo siento del todo mío. No por los cuentos que lo conforman sino por el título. *Sobredosis* recopila relatos escritos en la universidad y, luego, en los primeros talleres a los que asistí (como al de la Sech con Poli Délano) pero, sobre todo, son resultado de concursos: escribí cuentos para tener qué enviar. Con algunos incluso gané o salí segundo. Con muchos otros perdí, pero quedaron los cuentos (aunque en esa era pre internet y pre respaldo, perdí varios, o creo que los perdí, o creo haberlos escrito pero no aparecen por ninguna parte).

Me sorprende que *Sobredosis* siga concitando interés, sobre todo en los colegios, donde de inmediato comenzó a prohibirse por razones que me superan y entiendo-y-noentiendo-del-todo, pero la primera y mayor extrañeza de ese delgado volumen que apareció meses después de la llegada de la democracia, tiene que ver con el hecho de que el libro no se llamó como yo quería. Para mí mismo, me suelo referir a él como «mi primer libro». La razón es sencilla: fue pensado con otro título. El título del primero de los cuentos. Sentía que ese título era algo misterioso, sin duda ambiguo, misterioso acaso como su autor-en-ciernes, que englobaba la moral y la ética y la estética de los cinco relatos que conformaban la colección. *Deambulando por la orilla oscura: cuentos*, por Alberto Fuguet.

Al final terminó llamándose *Sobredosis*.

Acepté.

No fui forzado.

Tenía más de 21 años.

Quizás no sabía bien lo que estaba haciendo.

Quizás sí.

Quizás un poco de la dos cosas.

Me dijeron «es más vendedor; la idea es que vendas».

«¿Quieres vender o que nadie te lea?».

Yo, la verdad, quería que me leyera unos pocos (esos lectores ideales) y que vendiera lo justo. No sucedió así. «Nadie va a leer algo llamado *Deambulando por la orilla oscura* ya llegada la democracia», sugirió un ex amigo publicista que trabajaba para Büchi. Yo pensaba: quizás se podría llamar *Deambulando por la orilla oscura* y otros cuentos para dejar más que claro que eran relatos. Da lo mismo. No se iba a llamar así. «No digamos que son cuentos, que nadie capte que son cuentos», porque «los cuentos no venden», me dijeron. Conclusión: que «parezca un libro». Un asesor editorial de Planeta me comentó: «¿Has leído a Mauricio Wacquez? Léelo. Tienen cosas en común. Su primer libro de cuentos de jóvenes se llamó *Excesos. Sobredosis* se puede leer como una actualización». Yo dije: «¿Es un libro de jóvenes?». «Claro que sí», me respondió. «Tú lo eres, tus personajes lo son, los nuevos lectores hambrientos de la democracia lo son. Son todos unos drogados». Pero el libro no es de drogas, pensé. «Drogas, sexo, rock & roll...», insistió. «O emociones, vivencias, adrenalina. Confía: *Sobredosis* de todo, de lo que quieras. Es un súper título».

Es el peor de los títulos.

No tenía agente, no me habían dado un adelanto, yo me sentía feliz de no tener que pagar la edición, así que acepté. Otra cosa: revisándolos veintisiete años después veo que, aunque algunos, es cierto, se centran en jóvenes, no son cuentos sobre jóvenes ni para jóvenes; o, al menos, «son más que eso».

Yo había llegado a la editorial Planeta por una novela (*Mala onda*) que aún no estaba lista y con un editor que quería publicarla lo antes posible. Esto fue el año 88 u 89. Hubo un cambio administrativo en la editorial y al equipo entrante le pareció buena idea partir con un libro de cuentos, pues no querían esperar a que terminara «quién sabe cuándo» mi novela. «Tráenos lo que tienes», me dijeron, y les llevé creo que ocho cuentos. Les gustaron algunos; con otros sintieron que «poco tenían que ver con el resto». Uno de esos

rechazados o sobrantes lo encontré ahora y va acá en los «cuentos recuperados»

De los otros perdidos recuerdo poco y nada y no he podido dar con ellos.

El cuento «Deambulando por la orilla oscura» lo escribí de una sentada una noche de invierno luego de ver *La ley de la calle* en el cine Normandie de la Plaza Italia. Eso fue, por lo tanto, el año 85. Había escrito varios cuentos antes, algunos en el taller de José Donoso, pero este marcó un antes y un después. Al terminarlo sentí que por ahí iba la cosa o, al menos, que por ahí estaba mi estética. El cuento es una suerte de fantasía homoerótica donde Rusty James y la cara y el cuerpo de Matt Dillon dan vida al pandillero del barrio alto, Macana. La prosa —el estilo— salió de S. E. Hinton, pero capaz que también de Soriano y Hemingway y de aquellos que estaba leyendo por ese entonces. Quería usar un español no tan «abigarra-do», donde se mezclaran citas de letras de rock con marcas y una suerte de narcicismo tan propio del macho adolescente que se sabe guapo y deseado. Yo estaba algo obsesionado, desde mi paso por la Escuela de Periodismo, leyendo acerca de las «pandillas coreanas en el Apumanque», aunque nunca vi a ningún oriental —pandillero o turista o comprador— en el ese aspiracional «primer mall» santiaguino que, ya por esa época, languidecía frente al Parque Arauco. Lo de las pandillas, tipo karatecas, fue quizás un leve incidente fusionado con leyenda urbana y algo de lo que hoy se denomina fake news o noticias falsas. Yo quise creer que era verdad y lo plasmé como si lo fuera. Puse que todo estaba basado en un hecho real y me creyeron. «Deambulando por la orilla oscura» mezcló mis fantasías cinematográficas y una estética teen (¿Van Sant antes de Van Sant?) para armar un cuento que, por un lado, captaba algo contemporáneo, creo, y, por otro, conectaba conmigo y me permitía vivir, aunque vicariamente, con un tipo de chicos (skaters, trashers) con los cuales yo sentía que no tenía ningún acceso. Donoso, unos años antes, me había expulsado de su taller por ser «muy americano y clase media» y por leer a Bukowski en lugar de Dostoievski. Lo envié a un

concurso del diario *La Época* un año después, creo. Obtuvo el segundo lugar, con Diamela Eltit, nada menos, entre el jurado. Gané dinero y un viaje a Buenos Aires, pero el verdadero premio fue que apareciera impreso, con mi nombre al lado, en negritas, y que fuera bastante leído cuando se publicó un domingo en la portada del suplemento del diario opositor. Me dio nervios, vértigo, pánico y fascinación. A los pocos días, fui convocado por el mismo José Donoso para regresar a su taller, ya no para escribir cuentos o hacer ejercicios sino para trabajar en una novela. Le dije que sí.

«Amor sobre ruedas» fue escrito para el concurso de una revista que no recuerdo cómo se llamaba, pero creo que era una suerte de franquicia española. ¿*Muy Interesante* tal vez? Poli Délano era uno de los jurados, eso lo recuerdo bien. Creo que vi la convocatoria en esas paletas del metro. Lo curioso es que era un concurso de cuentos de terror. En esa era predigital uno se enteraba de muchos cursos, ciclos y concursos literarios en las estaciones del metro, y esa vez decidí ganar el concurso. Perdí. No obtuve ni una mención. Esto debe haber sido el 87 u 88. Yo no me sentía un escritor de terror porque, entre otras cosas, no era un escritor, pero me atrajo la idea de «hacer algo distinto». Ya llevaba un buen tiempo atrapado con la voz de un tal Matías Vicuña y una novela, tipo bildungsroman, llamada *El coyote se comió al correcaminos*. Ya había leído una buena cantidad de libros de Stephen King y, en un principio, mi idea era remezclar, en el campo de la Sexta o Séptima Región, con scouts y durante un jamboree, el cuento de King llamado «The Body», que luego se transformó en la película *Cuenta conmigo* o *Stand By Me*. Pero un par de cosas me sucedieron mientras se acercaba la fecha de cierre del concurso. La amiga de un amigo, que estudiaba Ingeniería Comercial cerca de la Escuela de Periodismo, me contó una tarde en el parque de la remodelación San Borja, detrás de la Facultad de Arquitectura, en el Campus Andrés Bello de la Universidad de Chile, sobre una experiencia límite que tuvo con una amiga «por andar puteando». Putear no implicaba cobrar sino buscar sexo. Esta chica crespita me contaba todo y sentía una suerte de culpa, muy en-

tendible para la época, por «ser caliente». Salía con un chico que no se la follaba. Y una noche conoció junto su amiga, en Apoquindo, andando en auto, a unos tipos mayores que vivían juntos en Vitacura y que las invitaron a su departamento, donde comenzaron a agarrar entre ellos. La amiga los tildó de «maricones», lo que provocó la ira de uno y la cosa se empezó a poner violenta y amenazaron con violarlas pero una tocó el timbre del conserje y comenzó a gritar y los tipos entraron en pánico y ellas huyeron. Esto me gatilló la imaginación. Me pareció que no podía contarlo tal cual y que el cuento sería más bien realista a pesar de lo terrorífico de la situación. Me acordé entonces de *Christine*, la película de John Carpenter basada en la novela de Stephen King. En esa época ya no existía el Regine's, la disco parisina que se instaló en plena dictadura, pero siempre estaba el mito de que los CNI eran como metrosexuales o ambiguos y que se vestían bien, y todo esto lo remixeé mientras tomaba mucho vodka y escuchaba temas de Madonna y Cyndi Lauper y las Go-Go's y otras chicas pop. *Amor sobre ruedas* fue el título con que llegó a Chile una mala película de Mark Hamill post Star Wars que se llamó originalmente *Corvette Summer* y que nadie vio. El cuento casi se llamó «Corazón de motor», que era una frase hecha de esa época, una suerte de código patriarcal en contra de las chicas que salían con tipos «con buenos autos». No he vuelto a explorar el género, al menos literariamente. No gané el concurso pero apareció publicado, con una muy mala ilustración, en la revista *Apsi* unos años después.

«Los muertos vivos» lo escribí después de mi «temporada en el underground capitalino». Esto debe haber sido por el 86 u 87. La película *Los goonies* es del 85, así que todo más o menos calza. Mientras salía de la universidad, el 86, iba mucho al Garage Matucana 19 y a fiestas en El Trolley, mezclando drogas, mucha ropa usada y delineador en los ojos. Estaba conociendo el centro y los antros. Me creía new wave y siempre andaba con guantes de colores sin dedos. Fui varias veces a ver la obra *Cinema Uttopia*, escuchaba Upa! e iba a sus recitales (Sebastián Piga me parecía un dios) y estaba un poco

obsesionado con una figura del under llamado Titín Moraga y La Banda del Pequeño Vicio. Supongo que estaban de moda las cintas de zombis o yo estaba descubriendo en VHS la obra de George Romero. Me acuerdo de este cuento y del casete *Please* de los Pet Shop Boys y de algunos cuentos de muchachitos de Vargas Llosa. El cuento bebe de la idea de pandilla como la de *The Goonies* mezclada con el despertar sexual y las pajas-en-grupo del colegio. Me interesaba el celo que podía provocar una mujer que rompiera el sagrado vínculo de estos chicos. Por esa época mis compañeros iban a los topless de la calle Bandera y una vez fui y quedé entre asqueado, apenado y con terror por no excitarme. Todo esto se fusionó y de ahí salió «Los muertos vivos», un cuento impregnado del terror a la sexualidad desatada femenina. Nunca se lo mostré a nadie, pero estaba en mi archivador y, cuando surgió la posibilidad de considerarlo en serio, este relato ochentero acerca de la noche fue elegido como uno de los cinco para *Sobredosis*.

«Pelando a Rocío» sí está basado en un caso real. Es mi cuento de la Chile, de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, escrito en el casino del ex cuartel de tortura de la Dina que era la sede de la escuela en la calle Belgrado, a la entrada de Vicuña Mackenna. El cuento recoge horas y horas de pelambre con mis compañeros. Nos juntábamos a estudiar algo como Redacción I o a tratar de entender los textos de Saussure y, antes de partir, alguien decía «a quién pelamos» o simplemente «¿pelemos?». El cuento estaba dedicado a mi amiga Gloria Mulet, alias la Chica Mulet. Al año y tanto, cuando *Sobredosis* vendía y vendía y se agotaba y me colocó en el corazón de un huracán, pude tener cierta injerencia y, debido al éxito de *Mala onda*, recién aparecida (nunca tuve tanto éxito, nunca me sentí tan mal, tan aterrado, tan suicida, tan fatal), pude convencer a Planeta que pasaran *Sobredosis* a la colección Biblioteca del Sur en vez de a la curiosa y fracasada colección Planeta XXI. Entonces borré todas las dedicatorias, incluida la de la Chica, que vuelve en esta edición de «Pelando a Rocío»: Pa' la Chica Mulet. A la Chica la conocí el 82 en un preuniversitario llamado Ceaci de la calle Lyon,

en Providencia. Con la Chica pelábamos mucho, tanto en el pre como luego en la escuela. Quizás ambos nos sentíamos más «normales», no tan radicalizados como nuestros compañeros. «Pelando a Rocío» es deudor de mi fanatismo por Puig y también de todo lo que estaba pasando en la escuela, en la universidad, en el país. La meta era ver la contingencia desde afuera, desde alguien que no entiende del todo como otro —otra— puede cambiar. La inspiración fue el caso de una chica que —supuestamente— puso una bomba en unas torres de alta tensión y que remeció a la universidad, pero creo que la verdadera inspiradora fue una chica de clase alta, como se decía; era, al menos, una alumna, una compañera que, al entrar, estaba más ligada a mí y a los burgueses y que, poco a poco, se fue radicalizando. En la escuela ser burgués era sospechoso; venir de más arriba de Plaza Italia era francamente complicado. Lo he dicho varias veces: durante esos años me tocó soportar la dictadura de Pinochet siendo estudiante, pero la que más temía era la de las Juventudes Comunistas y la de los maoístas de la escuela. «Pelando a Rocío» es la manera que tuve de procesar eso.

«No hay nadie allá afuera» se llamó, en un principio, «Huellas panameñas», porque es la historia de dos amigos que se topan en el aeropuerto de Panamá, que no conocía. Tampoco conocía Nueva York. El cuento lo escribí hacia fines del 85, mientras realizaba la práctica en la sección policial de *Las Últimas Noticias* (lo que daría tiempo después origen a *Tinta roja*), y terminó ganando un concurso de Dinacos, del gobierno, y tuve que ir a recibir mi premio (mucho dinero) al Edificio Diego Portales (hoy GAM) de manos del ministro Francisco Javier Cuadra (que tenía los anteojos más hípsters de la dictadura). Para ganar el premio tuve que suavizar los garabatos y una escena de sexo que era medio homoerótica y transcurría en un muelle. Esa escenita terminó desapareciendo. Opté por aceptar, alentado por mi jefe de la sección policial. Luego reescribí el cuento y le cambié el título y lo envié, junto a «Pelando a Rocío», a un concurso que exigía un mínimo de cuarenta o cincuenta páginas. Gané. En el jurado estaba José Luis Rosasco. Supe que había gana-

do mientras estaba en una extraña gira por el sur de los Estados Unidos auspiciada y organizada por los rotarios. Eso fue el 87. «No hay nadie allá afuera» es, ahora me queda claro, un bromance. Me gusta que el protagonista se llame Miguelo y aclaro que no tiene nada que ver con el cantante que promovía mocasines Pluma. Si bien la Nueva York que aparece la conocí usando mapas y está anclada en todas las películas y libros que había leído, las emociones son reales. En un curso nos llevaron al Instituto Médico Legal a ver una autopsia y lo que viví ahí, mirando cómo iban abriendo a un chico joven, como de mi edad, fue quizás lo que desencadenó el cuento. Es una suerte de fantasía negativa, creo. Me imaginé qué pasaría con algunas de las amistades intensas que tuve en la escuela. Yo me sentía los dos personajes: el que termina siendo convencional y aquel que se pierde. Yo era un atado de nervios y miedos y pánicos y Nueva York me aterraba tanto como me seducía y, por esos años, tenía una cosa clara: era mejor quedarse en Chile, «en un lugar seguro y reprimido», que en un sitio «desatado» como Manhattan. El cuento fue revisado o remixeado, ya con mi primera ida a NY procesada e incorporada al relato. Todo este viaje iniciático aparece en *VHS*. Al releerlo ahora noto lo importante que fue *Desesperadamente buscando a Susan* de Susan Seidelman, con Madonna y Rossanna Arquette, para el ADN de este cuento.

II. CORTOS

El año 1996 fue intenso: más allá de mis labores en el flamante y a la vez condenado Canal Rock&Pop, saqué dos libros. Una novela, *Tinta roja*, y una antología de cuentos de autores «jóvenes» o «nuevos» latinoamericanos llamada graciosamente (así lo creí) *McOndo*. Los dos, vistos ahora con distancia, tuvieron el deseo de «cambiar la conversación» respecto a mí. O fueron, dicho de otro modo, diálogos con la crítica. Yo estaba algo obsesionado con ella. Me sentía observado, odiado, cuestionado y básicamente rechazado. Hoy,